

Domingo 7: La Fe Como el Vínculo que Conduce a la Salvación

Pregunta y Respuesta 20

Lectura: Hechos 16:25-40

Salterios:

Primero: 403:1,3

Segundo: 110:1-3

Tercero: 16:1,4,5,6,9

Cuarto: 260:4,5

Último: 77:1,2,5

Querida congregación,

“Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30). Fue la pregunta del carcelero en Filipos. *“¿Qué debo hacer para ser salvo?”* Es la pregunta que surge de cada corazón golpeado por el juicio de Dios y conquistado por Su amor. Es una pregunta cuyo origen está en el cielo y que vuelve al cielo. Es una pregunta de absoluta necesidad y casi desesperación, pero, al mismo tiempo, de un profundo anhelo por el amor perdonador de Dios.

“¿Qué debo hacer para ser salvo?” ¿Cómo respondería *usted* a esta pregunta? Si hubiéramos estado allí, en la cárcel de Filipos, congregación, ¿qué le habríamos dicho al carcelero? Quizá hubiéramos intentado animar al hombre hablando vagamente sobre la bondad de Dios. O quizá le habríamos instado a cumplir sus deberes: “Debes orar mucho, venir a la iglesia y corregir tu vida; ¿quién sabe lo que Dios podría hacer entonces por ti?”

El apóstol Pablo dio una respuesta diferente. Dijo: *“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú, y tu casa”* (versículo 31). En otras palabras: “Confía en Aquel que derramó Su sangre por enemigos, por pecadores culpables. Encomiéndate a Cristo, la Roca cuya obra es perfecta”. Fue instrucción celestial, honesta y directa. *“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú”*. Sin embargo, ¿qué significa creer? ¿Qué implica confiar en Él? ¿Qué es realmente la fe?

Congregación, vamos a escuchar la respuesta a estas preguntas. En el Domingo 7 de nuestro Catecismo de Heidelberg, escucharemos lo que es la fe. Que el Señor nos conceda luz de lo alto, tanto para hablar como para oír, al considerar la primera parte del Domingo 7. La próxima vez, consideraremos las últimas tres preguntas; hoy, nos vamos a limitar solamente a la primera pregunta.

Pregunta 20: ¿Son salvos por Cristo todos los hombres que perecieron en Adán?

Respuesta: No todos, sino sólo aquellos que por la verdadera fe son incorporados en Él y aceptan todos sus beneficios.

Congregación, con la ayuda de Dios deseamos considerar:

La Fe Como el Vínculo que Conduce a la Salvación

1. Un vínculo del que no podemos prescindir
2. Un vínculo establecido por el Espíritu de Dios
3. Un vínculo que nos une a Cristo

Lo repito: La fe como el vínculo que conduce a la salvación. Vamos a examinar más de cerca este vínculo y veremos, en primer lugar, que es un vínculo del que no podemos prescindir; en segundo lugar, que es un vínculo establecido por el Espíritu Santo; y, en tercer lugar, que es un vínculo que nos une a Cristo.

Primer pensamiento. Un vínculo del que no podemos prescindir.

Querida congregación, en el anterior Domingo del Catecismo de Heidelberg, hemos escuchado *quién* es el que nos puede salvar: el Señor Jesucristo. En este Domingo, vamos a escuchar *cómo* podemos ser salvos: solo por una fe verdadera. Este es el único camino, y es muy importante reconocerlo. ¿De qué nos serviría que los bienes más gloriosos se exhibieran ante nuestros ojos, pero no participáramos de ellos? ¿De qué nos sirve que las cosas más preciadas estén expuestas en una vitrina, pero no sepamos cómo acceder a ellas? Por eso es tan importante enfatizar la necesidad de una fe verdadera como el medio designado para recibir los beneficios de la salvación.

El Domingo 7 lo declara con toda claridad: solo aquellos que están unidos a Él por una fe dada por Dios participan de Cristo. Están unidos con Aquel que es el Segundo Adán. Otra vez, ¿qué hemos aprendido del primer Adán? Cuando él cayó, nosotros caímos junto con él. Cuando se corrompió, nosotros nos corrompimos. Eso aprendimos del primer Adán. El apóstol Pablo dice: *“Por tanto, así como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y la muerte así pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”* (Romanos 5:12). Ese fue el resultado del pecado de Adán. Ahora, ¿cuál es el fruto de la obra de Cristo? ¿Su alcance es similar? ¿Consiste en vida y salvación para todos los hombres? En otras palabras, tal como todos perecieron en el primer Adán, ¿serán salvos todos en el Segundo Adán? Aquí tenemos la primera pregunta de este capítulo de nuestro Catecismo de Heidelberg: *“¿Son salvos por Cristo todos los hombres que perecieron en Adán?”*

Hay versículos bíblicos que parecen apuntar en esa dirección. Consideremos uno de ellos. Cuando el apóstol Pablo habla de Adán y Cristo en Romanos 5, dice: *“Así que, de la manera que por un delito vino la culpa a todos los hombres para condenación, así por un acto de justicia vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida”* (versículo 18). Y en el versículo 20, añade: *“Pero cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”*. Al parecer, el apóstol dice que todos serán salvos, pero el Catecismo lo niega. No todos serán salvos, sino “sólo aquellos que por la verdadera fe son incorporados en Él y aceptan todos sus beneficios”. ¿No hay una contradicción aquí?

Intentemos entender primeramente el asunto tratado en el Domingo 7. Nuestro Catecismo se opone aquí a la doctrina de que todos los hombres serán salvos, independientemente de lo que hayan creído o hecho. A esta doctrina se le llama *la redención universal*. Es la enseñanza de que Cristo expió por todos y de que todas las personas, al final, irán al cielo, quieran o no. Es una idea sostenida por muchos hoy. Las encuestas muestran que mucha gente sigue creyendo en el cielo, pero no en el infierno. Ya no quieren creer en un lugar donde la gente es castigada para siempre. Han abolido ese lugar. En una época en la que existen mataderos para los no nacidos y se asesina a los bebés en el vientre de su madre, el infierno es abolido en nombre del amor. “Si hay algo después de esta vida, será un lugar mejor que este mundo”. Es la opinión de la mayoría y el mensaje de los predicadores liberales. En resumen, todos serán salvos, sean cristianos o no.

Ahora, escuchen con cuidado lo que dice nuestro Catecismo. De forma directa y basada en la Biblia, se refuta este error. Esta debería ser siempre nuestra base: no mi opinión, no su opinión, no lo que nos gusta, no lo que podemos imaginar, sino lo que la Biblia dice, lo que el Señor declara en Su Palabra. Y, ¿no lo dijo el Señor Jesús mismo? *“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que no cree al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él”* (Juan 3:36). En otras palabras, lo que necesitamos es fe, fe verdadera en Cristo el Salvador. Eso es el vínculo del que no podemos prescindir, el lazo sin el cual nadie puede estar a salvo.

“Sí,” me dirán, “¿pero qué hay de este versículo en Romanos 5?” No se confundan. Lo que Pablo dice en ese versículo no contradice al Señor Jesús. ¿Cómo sería eso posible? Pablo era siervo de su Maestro. Obviamente, no contradijo a su Maestro. Fue un mismo Espíritu quien guio al Señor Jesús como Hijo de Dios al dar Su divina instrucción e inspiró al apóstol Pablo para escribir sus epístolas. ¿Cuál es, entonces, el significado de Romanos 5:18? Pablo está contrastando dos grupos de personas y dos cabezas federales del pacto. Por un lado, están todos los comprendidos en Adán, es decir, toda la humanidad, sin excepción. Todos son representados en nuestro primer padre en el Paraíso, cabeza del Pacto de las Obras. Por otro lado, están los que han sido comprendidos en Cristo, es decir, todos los escogidos. Son representados por el Segundo Adán, Cabeza del Pacto de Gracia. Cuando Pablo compara a estos dos grupos, dice que todos los comprendidos en Adán han venido bajo condenación por Adán, pero todos los comprendidos en Cristo recibirán vida por Cristo. Los primeros reciben ira y culpa del primer Adán, pero los

escogidos de Dios recibirán vida eterna y gloria del Segundo Adán. Por lo tanto, no todos serán salvos. Muchos se perderán. Comparativamente hablando, la iglesia de Cristo es una manada pequeña. El texto de Romanos 5 no lo contradice.

¿Lo entienden? Quizá diga: “Sí, lo entiendo. Pero, si esto es verdad, entonces debemos concluir que el diablo tiene más súbditos que Dios. ¿Significa esto que, después de todo, Satanás ha ganado la batalla?” Una vez me hicieron esta pregunta mientras enseñaba en la escuela bíblica en el campo misionero de Nigeria. Es una pregunta difícil, ¿no es cierto? Si es verdad que no todos serán salvos, si es verdad que la mayoría no lo será, entonces parece que el poder del pecado es más fuerte que el poder de la gracia. Congregación, debemos recordar algunas cosas cuando pensamos en estos asuntos. Primeramente, el hecho de que aun una sola persona sea salva es una maravilla más grande que el hecho de que muchos perezcan. Que Dios reúna una iglesia de esta raza humana caída y que esta iglesia cante eternamente alabanzas a Su Dios es una maravilla mayor que el hecho de que muchos estén perdidos y se pierdan. Si todos perecieran, el Señor aún no cometería injusticia, porque precisamente eso merecemos por nuestros pecados. Que algunos pecadores sean salvos —¡y la maravilla más grande será si yo puedo estar entre ellos!— es una maravilla aún mayor que si todos perecieran.

Como resultado del pecado, personas vivas se convirtieron en personas muertas, y como resultado de la gracia, personas muertas se convierten en vivas. ¿Cuál de las dos es una maravilla mayor? No deberíamos contar, sino pesar y maravillarnos. Algunos parecen pensar que son más misericordiosos que Dios y Cristo, pero tienen un concepto erróneo de la misericordia. Se engañan a sí mismos y a otros. Cristo, por otro lado, es honesto y amoroso; es honesto *porque* es amoroso. Escuchen lo que el Señor Jesús dice: *“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”* (Mateo 7:13-14). Precisamente eso es lo que dice nuestro Catecismo en su respuesta a la Pregunta 20: solo serán salvos aquellos “que por la verdadera fe son incorporados en Él y aceptan todos sus beneficios”.

No podemos prescindir de la fe; es imposible. La fe verdadera es necesaria; es indispensable para todos nosotros. ¿Por qué no podemos prescindir de la fe? ¡Porque la fe es el vínculo que une al pecador con Cristo! Es como un salvavidas. Si alguien ha caído en aguas profundas y no sabe nadar, está condenado a ahogarse. Pues bien, la fe es el salvavidas lanzado para rescatarlo. La fe también se puede comparar con la mano vacía de un mendigo. Si no se pone nada en esa mano, el mendigo va a morir de hambre. La fe no es más que esa mano vacía. Pero cuando esa mano vacía se extiende y el mendigo recibe algo, el mendigo será nutrido y vivirá. ¿Lo entienden? La fe es el salvavidas para la persona que se ahoga en las olas del pecado; es la mano vacía del mendigo extendida hacia el trono de misericordia. Si ese salvavidas no está allí, si la mano vacía no se extiende, no tenemos unión con Cristo. Entonces, estamos por nuestra propia cuenta.

Estamos, pues, separados de Él y de la salvación que es en Él. Por lo tanto, ninguno de nosotros puede prescindir esa fe verdadera. No porque la fe sea la base de nuestra salvación; no, es solamente un vínculo, un vínculo que nos une al Salvador.

Congregación, no deberíamos poner la base en el mendigo ni en su mano vacía. Esa mano es sucia e indigna. ¡Y aun esa mano es don de Dios! Por naturaleza, ninguno de nosotros es mendigo. Aunque lo hemos perdido todo en nuestra profunda caída, somos demasiado orgullosos para mendigar. Nuestras manos no están vacías, sino llenas de pecado, llenas de las cosas de este mundo y llenas de justicia propia. ¿Quién quiere abrir su mano y extenderla hacia Dios? Nadie lo quiere hacer sinceramente y de verdad. Cuando eso ocurre, es obra de Dios; es Su don, Su gracia. Y así llegamos a nuestro segundo punto: la fe no solo es el vínculo del que no podemos prescindir, sino también el vínculo puesto por el Espíritu Santo.

Segundo pensamiento. Un vínculo establecido por el Espíritu Santo.

Nuestro Catecismo dice que *aquellos* que por la fe verdadera son incorporados en Cristo serán salvos. Ellos no se injertan a sí mismos; *son* injertados.¹ “*Injertados*” es la forma pasiva del verbo. Cuando los pecadores son convertidos, son injertados en Cristo. Ellos son pasivos en esto; es algo que se hace en ellos. El injerto es un trabajo muy especial. ¿Alguna vez ha visto cómo se toma un injerto de un naranjo y se implanta en el tronco de otro árbol? Se hace una incisión en el tronco, luego se coloca el injerto en la incisión y se fija al árbol. Esa es la imagen que usa el Catecismo de Heidelberg en el Domingo 7. Un verdadero convertido es como un injerto tomado del viejo árbol Adán y colocado en Cristo. Cuando el Señor Jesús habló de sí mismo como la Vid verdadera y de Sus discípulos como los pámpanos, usó la misma metáfora (Juan 15:1).

¿Cómo se unen la Vid y los pámpanos? ¿Cómo están conectados Cristo y Su pueblo? ¿Cuál es el vínculo? Es la fe. El Espíritu Santo toma al pecador y lo injerta en Cristo por una fe verdadera. Naturalmente, esto no es obra del hombre, sino de Dios. No es el pecador quien se corta a sí mismo y se une a Cristo. Es el Espíritu Santo quien lo hace en Su soberana gracia, para que el pecador muera a Adán y llegue a ser una planta con Cristo.

¿Cuándo ocurre esto? En la hora de la regeneración. En el mismo momento en que un pecador nace de nuevo, es tomado del viejo árbol y trasladado a Cristo. En la hora del beneplácito de Dios, el Espíritu Santo implanta la fe en el corazón de un pecador. En ese instante, se establece el vínculo. Congregación, solemos llamar a esto *la gracia de la fe*. Lo distinguimos del *ejercicio de la fe*. La gracia de la fe es, por así decirlo, la planta que Dios pone en el corazón de una persona en la hora de su nuevo nacimiento, mientras que el ejercicio de la fe son los frutos que esta planta produce. La gracia de la fe es el principio de vida que se injerta en el corazón muerto del

¹ Considere lo que el apóstol Pablo enseña en Romanos 11:17-24 para entender mejor esta referencia.

pecador. El ejercicio de la fe fluye de ese principio de vida bajo la influencia de la Palabra y del Espíritu de Dios.

Entenderán que no podemos prescindir de ese principio de vida. Necesitamos la gracia de la fe para llegar al ejercicio de la fe. Permítanme ilustrarlo con un ejemplo sencillo. Para ver algo, debemos usar nuestros ojos. Pero si no tenemos ojos, no podemos ver nada. Primero necesitamos la facultad de la vista, la capacidad de percibir personas y objetos, y solo entonces podremos ver. Del mismo modo, primero necesitamos la fe, la gracia de la fe, antes de poder creer. “*Sin mí nada podéis hacer*” (Juan 15:5), dijo Cristo a Sus discípulos. Por lo tanto, primero debemos ser injertados en Cristo antes de que podamos dar fruto de Él. Eso incluye el fruto de la fe y del arrepentimiento. Todo es de Él y por Él. Es obra del Espíritu Santo establecer un vínculo entre Cristo y el pecador elegido en la hora de su nuevo nacimiento. El pecador no se da cuenta de ello; todavía no lo puede nombrar, pero, sin embargo, se hará evidente en los frutos de su vida.

Al enfatizar la obra unilateral de la gracia de Dios, nuestro Catecismo rechaza firmemente el error de *la expiación general*. ¿En qué consiste este error? Es la enseñanza falsa de que Cristo murió por todos y que ahora depende de nosotros aceptarlo o no. Quienes sostienen esta doctrina son seguidores de Jacobo Arminio, un teólogo holandés que vivió en la segunda mitad del siglo XVI. Por ello, los llamamos arminianos. También son conocidos como remonstrantes. Los arminianos, o remonstrantes, creen que el hombre tiene una voluntad libre para escoger lo bueno y rechazar lo malo. No enseñan que todos irán al cielo ni se adhieren al error de la salvación universal. Admiten la existencia del infierno y afirman que aquellos que rechazan a Jesús serán castigados allí. Sin embargo, sostienen que Cristo derramó Su sangre por todos, que Dios ofrece la salvación a todos y que depende de nosotros aceptar este regalo o no. A esta enseñanza se la conoce como la doctrina de *la expiación general*. Es una negación rotunda de nuestro estado de muerte espiritual. La conversión no es vista como una obra de Dios por la cual los pecadores alabarán al Señor para siempre, sino como una cooperación entre Dios y el hombre. Los arminianos creen que el Espíritu Santo puede ser resistido aun en Su obra salvadora cuando viene para parar a un pecador, llevarlo a Cristo y concederle libertad espiritual. Aparentemente, este pecador sería más poderoso que Dios. No hay lugar para el amor electivo de Dios ni para Su fidelidad infalible, porque el hombre es el centro —su voluntad o su falta de voluntad determinan todo. Según esta enseñanza, Dios puede extender Su mano para ayudar, pero, en última instancia, es el hombre quien debe decidir, creer y perseverar. Esta doctrina —tan atractiva para la carne, pero tan engañosa para el alma— deshonra a Dios, pues exalta al hombre y humilla a Dios.

Congregación, esto no es un asunto de menor importancia. Si ellos estuvieran en lo correcto, la Iglesia no reposaría sobre un fundamento inamovible. Entonces, Dios sería despojado de Su

honor y Sion de su consuelo. ¿Es esto un asunto menor? No, concierne al corazón de todo asunto.

Pongámoslo en las palabras del Catecismo: recibir los beneficios de Cristo va precedido de ser injertado en Él primero. Primero hay un acto de Dios, y luego un acto del hombre que fluye de aquel. Primero, el Espíritu Santo injerta al pecador en Cristo, y entonces, como resultado, el pecador acepta los beneficios de Cristo. El hombre solo puede recibir lo que le es dado. Pensemos una vez más en el ejemplo del ahogado. Vemos a un amigo en la orilla que intenta salvarlo. Le ha lanzado un salvavidas y ahora lo está tirando hacia la orilla. ¿Por qué se salva este pobre hombre indefenso? No por el salvavidas en sí (¡que es solo un medio!), ni por su débil intento de sostener la cuerda (¡no hay mérito en ello!), sino únicamente por el amigo en la orilla. Es este hombre quien sostiene el salvavidas y lo jala con todo su amor y fuerza. En el sentido espiritual, no es diferente. Hemos visto que la fe es el vínculo con Cristo (es el salvavidas), pero es Cristo mismo quien hace que el pecador se aferre a él y luego lo atrae a “la orilla” por el poder de Su Espíritu irresistible.

Quizá alguien diga: “Suena bien, pero ¿cómo me aferro a ese salvavidas? Es como si no tuviera brazos, ni vida, ni fuerza, ni siquiera la voluntad de agarrarlo. ¿Cómo recibo esa fe verdadera y salvadora?” Bueno, no vaya a los arminianos; ellos no tienen un mensaje para un pecador caído. Más bien, permanezca bajo la verdad, inclínese ante el Señor y ruéguele por la obra de Su Espíritu. Es Dios mismo quien lleva al pecador al punto donde se da por vencido. Es posible que haya luchado con mucha dificultad mientras el agua lo engullía por todas partes. Mientras le quedaban fuerzas, intentaba salvarse. Pero llega un momento en que pierde toda esperanza y se hunde. Es Dios quien lleva al pecador a ese punto. Es el mismo Dios quien abre los ojos del pecador para ver a Cristo en Su maravilloso amor y poder. Y es Dios, de nuevo, quien inclina el corazón del pecador renuente y le permite asir el salvavidas. Aunque el hombre que se ahoga no tiene fuerzas para agarrarse a la cuerda, es el Señor quien lo sostiene de forma oculta y lo lleva a la orilla con Su omnipotencia. Es de Él, por Él y para Él. Por lo tanto, toda alabanza será dada a Dios por Su gran e inmerecida salvación. ¿Ven, entonces, lo que quiere mostrarnos nuestro Catecismo? Que esta fe, este vínculo del que no podemos prescindir, es un vínculo establecido por el Espíritu Santo. Y es también un vínculo que une al pecador con Cristo. Ese es el último punto que deseamos considerar, pero antes cantemos del Salterio 260, estrofas 4 y 5.

* * * * *

Tercer pensamiento. Un vínculo que nos une a Cristo.

El Domingo 7 habla no solamente acerca de ser injertado en Cristo, sino también de recibir todos Sus beneficios por una fe verdadera. Lean las últimas palabras de la respuesta a la Pregunta 20. Hay un doble vínculo: el Espíritu Santo *injerta* por medio de la fe verdadera, y el pecador acepta

o *recibe* por medio de una fe verdadera. Así, podemos contemplar la fe desde dos perspectivas: desde el lado de Dios y desde el lado del hombre. Si la miramos desde el lado de Dios, el hombre es pasivo; es injertado. Pero si miramos la fe desde el lado del hombre, entonces el hombre es activo o, mejor dicho, es *hecho* activo. Es ejercitado por el Señor. Como un pobre y necesitado pecador, el hombre extiende sus manos, y ¿qué recibe? Recibe a Cristo y todos Sus beneficios. Por esa razón, no deberíamos separar la gracia de la fe del ejercicio de la fe. Podemos y debemos distinguir entre ambas, pero no debemos separarlas.

Piensen en Nicodemo, el fariseo que visitó al Señor Jesús en las horas silenciosas de la noche. Durante su conversación, Nicodemo perdió todo lo que presumía tener, pero, al mismo tiempo, Cristo plantó en su corazón la semilla de la Palabra de Dios como una semilla de regeneración. Ese fue el principio. Cuando la gracia de la fe es plantada en el corazón, sin duda se manifestará en frutos. Piensen también en el hijo pródigo de la parábola. Cuando volvió en sí por el poder del Espíritu Santo, se inclinó ante Dios con toda su culpa y angustia. Allí llegó a una firme resolución: *“Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; y ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros”* (Lucas 15:18-19). ¿Ven los frutos de la gracia, o el ejercicio de la fe, en su vida?

No, eso no significa que inmediatamente veamos a Jesús al nacer de nuevo. No nos aferramos a Cristo en el mismo momento en que somos convencidos de pecado. No lo abrazamos como nuestro Salvador porque aún estamos ciegos para verlo. Cuando el Señor entra en nuestras vidas, llegamos a ser como forasteros que ya no pueden estar sin Dios y hambrientos por una migaja de Su gracia. Cuando Dios obra de una manera salvadora —¡oh, rueguen al Señor por eso, querida congregación!— entonces verán que están sin Dios y que son extraños a la vida de la gracia. Cuánta tristeza se siente por haberlo abandonado y haberle dado la espalda. Es nuestra propia culpa. *Nosotros* hemos quebrantado los lazos. Hemos roto el vínculo con Él en el Paraíso. Entonces, no sabemos cómo podremos ser salvos. Somos ciegos al conocimiento de Cristo y necesitamos luz de lo alto.

“Sí”, dirá alguien, “pero ¿no acaba de decir que el Señor ya planta la fe en el corazón del pecador en la hora en que nace de nuevo, y que en esa misma hora recibe un ojo, es decir, la capacidad de ver?” Ciertamente es así, pero hay otro lado. Permítanme darles un ejemplo sencillo para que también los niños lo entiendan. Cuando un cachorro nace, tiene ojos para ver, pero esos ojos están cerrados al momento de su nacimiento. Pasan varios días antes de que se abran. Mientras tanto, el cachorro tiene la capacidad de ver, pero sus ojos siguen cerrados. Deben ser abiertos. Uno puede tener ojos y, sin embargo, no poder usarlos aún. Esto también se aplica al ser humano. Cuando todo está oscuro a nuestro alrededor, no podemos ver nada. Necesitamos dos cosas: un ojo para ver y luz a nuestro alrededor. Ahora pueden aplicarlo ustedes mismos. Primero, necesitamos un ojo espiritual para ver lo que por naturaleza no podemos ver, y, en segundo lugar, necesitamos luz de lo alto, la luz del Espíritu de Dios. Son las dos cosas que

necesitamos. ¿Lo escuchan? Doblen sus rodillas, entonces, y pidan al Señor un ojo de fe y luz de lo alto.

Por la fe, un pecador es injertado en Cristo y recibe Sus beneficios. Noten el orden en nuestro catecismo: Cristo es mencionado primero, y Sus beneficios siguen. ¿Por qué? Supongamos que una joven quiere casarse con un hombre solo porque es hijo de una familia rica. Ella piensa: “En cuanto me case con él, formaré parte de esa familia y compartiré sus riquezas. Entonces, todas mis preocupaciones financieras se acabarán”. ¿Qué pensarían de tal decisión? ¿Llevaría eso a un buen matrimonio? ¡Obviamente no! ¿Sería una buena razón para casarse con alguien? ¡De ningún modo! Nos opondríamos a una decisión tan egoísta. Sin embargo, en el ámbito religioso, hay muchos que quieren beneficiarse del Esposo celestial sin tener el menor interés en Él. Cuando escuchan de Cristo, desean Sus beneficios, pero no a Su Persona. Sin embargo, esto no conduce a un buen matrimonio. Esto no funcionará. Aquellos que vienen a Cristo deben apreciarlo por lo que Él es. Si su motivación es correcta, valorarán a Su Persona por encima de todo lo demás, mientras que Sus beneficios serán secundarios.

Es verdad que, aun en la vida del pueblo preocupado de Dios, a veces se invierte el orden. ¿Por qué sucede esto? Porque un pecador necesitado, bajo convicción, puede en ocasiones disfrutar algo que proviene Cristo, aunque aún no haya llegado a Cristo mismo. Piensen en la relación entre Isaac y Rebeca antes de conocerse. La joven estaba animada por los hermosos regalos y ornamentos que Eliezer le entregó en nombre de Isaac. Aún no estaba casada con él; ¡ni siquiera lo había visto! Pero esos regalos tocaron su corazón y la movieron a ir a su encuentro. Así ocurre también con el que es mayor que Isaac y Su novia. Esa novia a veces recibe gozo de un regalo de Cristo, aunque Su Persona aún le esté oculta. En ese momento, recibe algo de Cristo, pero no a Cristo mismo. Es un fruto del árbol, pero no el árbol. Un casi cristiano se conformará con los regalos, pero un verdadero cristiano será impulsado por ellos de tal manera que deseará conocer al Esposo y estar unido a Él por los vínculos de la fe, la esperanza y el amor.

Pecadores preocupados, esto es lo que necesitan. No solo necesitan ser injertados en Él en la hora de la regeneración, sino también en su conciencia. Es tan necesario y provechoso perder todas sus perlas y abrazar esa Perla de Gran Precio. Es una bendición tan grande cuando eso ocurre, porque solo en Él hay perdón, seguridad, paz y vida eterna. No deberían descansar hasta que hayan sido llevados al que es mayor que Isaac.

Ciertamente, puede haber ánimo antes de esto, pero siempre quedará un vacío hasta que se experimente la unión y la comunión con Cristo. Mucho puede haber ocurrido: puede haber una tristeza según Dios en el corazón, un conocimiento de uno mismo obrado por el Espíritu, y un lamento interno por el pecado. Puede haber revelaciones preciosas de Cristo, vislumbres hermosos de Su suficiencia e idoneidad, así como un hambre y una sed vivas de Su justicia. Puede haber marcas claras de una fe sincera que busca refugio en Él, y sin embargo, aún quedar un

espacio vacío en el corazón. El alma todavía no ha venido a Cristo para recibirlo con todos Sus beneficios. ¿Es esta también su experiencia?

¿Qué debe suceder en su vida? Deben ser cortados de sí mismos. No deben llegar a ser más ricos o mejores, sino más pobres y peores en su propia estima. Así es como el Señor hace espacio para esa íntima comunión con Cristo. Él obra a través de perplejidades e imposibilidades. Solo cuando podemos ver a Dios como perfectamente justo y a nosotros como totalmente condenables, Cristo es puesto en los brazos de la fe y abrazado como el Don del Padre. Entonces se experimenta que no hay condenación para aquellos que están en Cristo.

Por lo tanto, congregación, les pregunto: ¿Conocen algo de esa fe? ¿Han ejercitado algo de ella? ¿O todavía carecen por completo de ella? No todos serán salvos —la Biblia y el Catecismo lo dejan suficientemente claro. Hay una línea de demarcación que atraviesa la congregación, las familias, incluso las mesas de la Santa Cena y los bancos de los consistorios. ¿De qué lado de la línea están ustedes? El tiempo es corto, el gran día está cerca; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Quizá no vivamos para ver ese tiempo angustiante. Podemos ser arrebatados de esta vida por una enfermedad incurable, un accidente repentino o una muerte inesperada. Jóvenes, no tarden en buscar al Señor. Algunos de su edad han sido llamados en la flor de su vida. ¡Hoy, hoy es el día de salvación! No esperen hasta ser mayores, pensando que entonces serán personas más serias. Quizá tengan apenas diecisiete años. Muchos de los hijos de Dios han sido convertidos a esa edad. El Señor les llama: *“Dame, hijo mío, [hija mía], tu corazón”* (Proverbios 23:26). No desechen este llamado. No todos serán salvos. Piensen en ello. ¡Cuán terrible será perecer después de haber escuchado la verdad y haber sentido al Señor tocando a la puerta de su corazón!

Alguno dirá: “Pero, ¿y si no soy elegido? ¿Y si Dios ha determinado que nunca seré injertado en Cristo para recibirlo a Él y todos Sus beneficios?” Querido amigo, no tenemos nada que ver con la pregunta de quiénes han sido escogidos desde la eternidad. Nunca debemos comenzar del lado incorrecto —nunca. Las cosas ocultas pertenecen al Señor, pero las reveladas son para nosotros. ¿Qué ha sido revelado? Que Dios no se complace en la muerte del impío, sino en que el pecador deje sus caminos de pecado y vuelva a Cristo para salvación. Es por allí por donde debemos empezar, y no del lado incorrecto. ¡Vean el Catecismo! La pregunta aquí es: “¿Quiénes serán salvos?” Y la respuesta podría haber sido: “Solo los escogidos”. Habría sido una respuesta correcta y bíblica, pero el Catecismo no lo dice así. No menciona aquí la *verdad* de la elección, sino que nos señala los *frutos* de la elección. ¿Cuál es el fruto más importante de la elección? Es la fe, una fe verdadera y salvadora. Pongan su corazón en ello y examinen su vida para ver si poseen esa fe. La gran marca de la gracia es acudir a Cristo como un pecador reo de muerte.

Querida congregación, no actúen como el hombre de Lucas 13:23, quien preguntó: *“Señor, ¿son pocos los que se salvan?”* Con una pregunta así, podemos escondernos y mantenernos a

distancia, ¿no es cierto? No hagan como él, sino presten atención a la verdad del Domingo 7 y escuchen el ferviente llamado de Cristo: *“Esforzaos por entrar por la puerta estrecha”* (Lucas 13:24). Amén.

Salterio 77:1,2,5